

29. Autenticidad de la vida de Adelaida Conclusión del alegato de Maitre Bellart.

En "Arrestos y juicio de Marie-Adélaïde Champion de Cicé
Alegato del Sr. Bellart p. 39-40

"Pero observa bien la conducta de los hipócritas: se desenmascaran a sí mismos por la discrepancia que permiten que reine entre sus máximas y sus acciones. Genuflexiones fastuosas en los templos, en sus casas, egoísmo y orgullo; al pie de los altares, cenizas, odio y sollozos,

Cenizas, odios y sollozos de penitencia; todos los placeres y voluptuosidades en sus deliciosos retiros.

Estos son los hipócritas.

¿Pero Adélaïde de Cicé?

¿Fue hipócrita cuando, a los veintiún años, rodeada de toda clase de seducciones, resistió la voz encantadora de los placeres, para ir a los más repugnantes receptáculos de la indigencia, para llevar a los que se veían languidecer allí, tanto la ayuda y su fortuna que les prodigaba, como sus más afanosos cuidados y sus preciosos consuelos. ¿Por qué habría de ser hipócrita entonces? ¿Y contra quién se preparaba para conspirar hace 30 años?

¿Era hipócrita cuando, imponiéndose en nombre de la religión todas las privaciones del claustro, permanecía, sin embargo, en el mundo, no para entregarse a sus placeres, sino para encontrar allí más oportunidades de hacer el bien; cuando, lejos de los monasterios cuyas reglas seguía sin unirse a ellos, no daba, ni siquiera como alimento a su noble y desinteresada piedad, la ambición de las dignidades eclesiásticas que tan fácil le hubiera sido obtener?

¿Era hipócrita cuando colocaba su cama junto a la de su criada enferma, cuando, dando ejemplo de esa igualdad cristiana que no está tan lejos de la igualdad filosófica como podría pensarse, prestaba servicios a esta mujer, convertida en su semejante por sus enfermedades, que, a los ojos de los prejuicios de la época, debían parecer bastante ridículos?

¿Fue una hipócrita cuando, hasta la revolución, se condenó a vivir en la pobreza con su criada, en un convento, con seiscientas libras de pensión al año, para ayudar a los particulares con el resto de su fortuna?

¿Era una hipócrita la que recogía en el Luxemburgo a un pobre hombre cubierto de alimañas y harapos, la que acogía con tan conmovedora fraternidad a esta buena mujer del Faubourg St. Marceau, a la que desde hacía más de dos meses iba a vestir a su casa con sus propias manos; la que prodigaba los más pacientes y delicados cuidados a este portero cubierto de clavos, del que los propios médicos habían huido?

¿Era finalmente una hipócrita, y obedecía al fanatismo político, cuando enviaba ayuda a un defensor de la patria, a un conscripto, como la madre y la hermana lo presentaron ayer?

No, Adelaida de Cicé no es una hipócrita: es una mujer verdaderamente religiosa; es una mujer que habría hecho que todos adoraran el cristianismo, si todos los que lo practican hubieran sabido honrarlo como ella.

Aquí termina, ciudadanos del jurado, la defensa que tenía que presentarles.

Y permítanme decir esto desde el fondo de mi conciencia; si algo me ha parecido sorprendente en este asunto, es que en medio de este revuelo de testimonios incorruptibles, y de innumerables verosimilitudes que, por todos lados, salían de la vida entera de Adélaïde de Cicé para proclamar su inocencia, yo necesitaba defenderla: Para que no se la llevara, ni siquiera de la sospecha, esta escolta de virtudes que nunca la

abandonó, se necesitó todo el horror que dejó un ataque que amenazó a todo el país, y toda la compasión que inspiró a esas conmovedoras víctimas sobre las que, en este momento, aún recae mi mirada.

¡Ah, para que sean vengados! ¿Qué hombre sin corazón, al verlos, podría dejar de expresar este deseo?

Pero es en nombre de las propias víctimas deplorables, ninguna de las cuales, os puedo asegurar, levantará la voz para desmentirme, que os diré: "Véngate con la sangre de los culpables"; pero esto no sería una venganza para ellos, ¡ay! Sería, por el contrario, una nueva desgracia, un tema de luto más, si, en su ocasión, en la sangre de los culpables, se confundiera la sangre de los inocentes.

El crimen de 3 Nivôse ha dejado huérfanos; devuelve a la sociedad a quien durante 30 años enteros fue la madre de todos los huérfanos.

Este crimen hizo viudas; devuelvan a la sociedad aquello por lo que las viudas fueron ayudadas y consoladas.

Este crimen ha creado a los pobres; devuelve a la sociedad a la persona a la que ya no habría ningún pobre, si hubiera estado en su mano.

Este delito ha causado daños; devuelve a la sociedad a quien tantos lisiados y heridos han debido su alivio.

Por último, este crimen ha golpeado incluso a uno de nuestros hermanos de armas; devuelve a la sociedad a quien, en su caridad universal, ha podido prestar a veces una ayuda útil a nuestros defensores.

Juré, señores jurados, defender a Adélaïde de Cicé respetando la verdad; lo juro de nuevo; he cumplido con mi deber.

Usted juró no escuchar ningún prejuicio y absolver la inocencia; cumplirá el suyo.